

# JUAN RULFO

---

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

## PRESENTACIÓN

por Carlos Blanco Aguinaga

JUAN RULFO

RULFO trae a la prosa mexicana la angustia del hombre moderno, que, sabiéndose nacido de la tierra, de un rincón concretísimo de tierra (Jalisco en este caso) quisiera agarrarse a ella mientras todo se le desmorona por dentro: la agonía del solitario sin fe para quien todas las cosas que le rodean son símbolos mudos. No se trata ya de la tristeza y desencanto reflexivo del escéptico-optimista, liberal y algo decimonónico, a lo Azuela, por ejemplo. Rulfo (sus personajes, su mundo) aparece en las letras mexicanas quemado ya desde su origen por la angustia sin solución del hombre contemporáneo, y aparece —concretísima realidad nacional— en aquel “después” de la Revolución que presagiaba el descreído Solís en *Los de abajo*, y que ya es “ahora”. Se nos aparece desde la primera página de sus cuentos contemplando tierras secas, caciques, el maíz que no crece, el polvo, el viento sin sentido, las peregrinaciones sangrientas a Talpa, los crímenes mecánicos y primitivos, la soledad y miseria mudas de los hombres del campo; sabiendo que hay sueños interiores que no se resuelven ni con el mensaje social ni con “la bola”: *Pensaba en tí, Susana... Miraba caer las gotas iluminadas por los relámpagos, y cada que respiraba suspiraba, y cada vez que pensaba pensaba en tí, Susana...* Mundo característico de las más significativas ficciones modernas en las que, según Lukacs, el personaje (el hombre) se encuentra sin techo, sin refugio en el cual afirmar de manera positiva su presencia. Sólo que los personajes de Rulfo, cosa notable y característicamente mexicana, son hombres de campo sobre los que pesa, no ya el fracaso de la Revolución solamente, sino siglos de una historia para ellos inútil.

Personajes a los que, desde que nacen ante el lector, no les queda ya ningún símbolo de fe exterior, objetivo, claramente definible en que apoyarse. En su lugar, el pretexto y la rutina de las peregrinaciones, la violencia sorda, el fatalismo, y esa angustia lacónica, quieta, que sobrecogen al lector que siente volcanes y muerte bajo ella. “Es difícil creer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta”, dice un personaje de “Diles que no me maten.” En esta situación sólo queda vivir por dentro y para dentro: a la curiosidad objetiva de los novelistas de la Revolución, curiosidad todavía un tanto científica y moralizante, a su

preocupación por lo ajeno a sí mismos, entendido realmente como *ajeno*, sucede en la prosa narrativa mexicana la pura angustia interior, sin tesis obvia, de Juan Rulfo; angustia que lo tiñe todo de su propio color porque hay una identificación literaria absoluta entre el autor y sus personajes. Al costumbrismo más o menos modernizado sucede la penetración lírica del tema y del lenguaje.

La buena prosa narrativa mexicana anterior, la de Azuela y Martín Luis Guzmán, por ejemplo, nos enfrenta a la manera realista con una realidad dinámica; Rulfo, solitario, interior, vive un tiempo que impone desde dentro a toda realidad ajena a sí mismo. Es agobiante la falta de dinamismo de *El llano en llamas*. Una sorda quietud, un laconismo monótono y casi onírico impregnan de sabor a tragedia inminente el fatalismo primitivo de estos cuentos en los cuales parece haberse detenido el tiempo. Son característicos los dos aquí grabados: poco importa que “Luvina” sea un cuento sin acción y “Diles que no me maten” un cuento dramático dialogado. En los dos se borra lo exterior a los personajes y entra el lector en seguida a una monótona y difusa vivencia interior en que la tragedia es siempre inminente, intuida y aceptada.

En “Luvina”, desde el principio de la narración, con segura mano, nos lleva Rulfo hacia un tiempo de apariencia irreal, un tiempo que, según avanza el cuento, vemos se ha quedado dentro de alguien, muerto. Sutilmente engañosa es la primera oración: “De los cerros altos del Sur, el de Luvina es el más alto y el más pedregoso.” Creemos, por un momento, estar ante un dato geográfico estrictamente objetivo, pero en seguida nos damos cuenta que no sabemos desde qué situación se nombra el Sur. ¿Sur de dónde? Quien escribe no se molesta en informarnos más: es como si hablase a alguien situado en la misma postura espacial que él y que, como él, mirase en una cierta dirección. Pronto nos damos cuenta de que, en efecto, no es que Rulfo (el autor) cuente, sino que alguien, un personaje, habla desde un mundo extrañamente lejano del nuestro; mundo de imprecisa geografía y de imprecisa historia. Extraño mundo en que, paradójicamente hasta el viento se ve, porque es como la tierra: *Ya mirará usted ese viento que sopla sobre Luvina. Es pardo...*

Pero, ¿quién habla?, ¿con quién?, ¿dónde? Según el lector se adentra en el mundo de Rulfo el diálogo resulta ser una especie de monólogo interior de *alguien* que, en rigor, no parece tener *persona* (o máscara, o apariencia con qué presentarse al mundo), ni, por lo tanto, espacio ni tiempo. El *yo* y el *tu* concretos, necesarios para la acción en el tiempo que es el verdadero diálogo se esfuman. En "Luvina", extremando una peculiaridad de su estilo, Rulfo ni siquiera se molesta en darnos nombres: "el *hombre aquel* que ha blaba se quedó callado un rato, mirando hacia fuera"; hasta *ellos* llegaba el sonido del río." Quien habla, en verdad, habla solo, por dentro. El diálogo de "Luvina" es, como siempre en Rulfo, monólogo ensimismado que se interrumpe de vez en cuando —terribles silencios— para *mirar hacia fuera*, hacia un Sur pardo, pedregoso, en el que, aunque florece el chicalote "pronto se marchita." De ese mirar mudo hacia un mundo mudo, tarde o temprano se vuelve de nuevo hacia adentro. Y ahí, en total quietud, en un vivir en que, como en el paisaje mismo, "anida la tristeza", todo el someterse a la costumbre: "Allá le dicen la ley." "Ahora como siempre." En la vida de los personajes de Rulfo cualquier tiempo es el mismo tiempo: "Me parece que usted me preguntó cuántos años estuve en Luvina, ¿verdad?" (En los que hablan, ni el que se hayan preguntado algo es seguro.) "La verdad es que no lo sé. Perdí la noción del tiempo desde que las fiebres me lo enrevesaron; pero debió haber sido una eternidad... Y es que allá el tiempo es muy largo."

Hasta en "Diles que no me maten", un cuento esencialmente dialogado y dramático, es notable este aquietamiento del tiempo y de todo suceder externo. Notable especialmente porque aquí se nos habla de un asesinato y un fusilamiento: un personaje, en un momento dado, ha mirado "hacia fuera", ha encontrado un enemigo y, dejando su quietud, ha matado; después, en un tiempo también concreto, se le persigue, se le apresia y se le fusila. "Diles que no me maten" es uno de esos estallidos violentos que, de vez en cuando, interrumpen el monótono discurrir del tiempo interior de los personajes de Rulfo. Lo curioso es que, debido al fatalismo con que el personaje acepta la necesidad de su crimen y de su muerte, debido a que todo ello parece ser efecto de la "ley", mecánica e inevitable, el sentido de los actos queda achatado, lejano y con perfiles tan engañosamente concretos como engañosa era la geografía de "Luvina." Estilísticamente, el achatamiento se logra porque todo ello es recordado desde muy dentro de un hombre que ha vuelto a encerrarse en sí mismo y piensa lacónicamente como si ese gesto hacia fuera que es la palabra le costase más aún que "mirar" —o matar.

Quizás no esté de más recordar aquí que en *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz ha descrito la doble faceta del vivir del mexicano como un alternativo cerrarse y un estallar (las más veces inesperado). Al final de la angustiada trayectoria que es un vivir así encontramos al Pedro Páramo de Juan Rulfo: poderoso y violento cacique de un pueblo de muertos, soñador de un amor imposible por Susana San Juan, lo vemos en las últimas páginas de la magnífica novela sentado en un equipal, quieto, ensimismado, esperando su muerte como los viejos de "Luvina." Hasta que un buen día

—un día cualquiera: es la ley—, "se apoyó en los brazos de Damiana Cisneros. Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras." Violencia exterior y silenciosa lentitud interior: tensión terrible de la vida mexicana según la entiende Juan Rulfo. Y, al final, *piedras* o *viento pardo*, crimen o fusilamiento, fuera o dentro: todo polvo. La ley.

Yo no sé si los pueblos tienen características psicológicas invariables. Pero ciertos modos de ser se expresan con profunda claridad en hechos históricos y en obras de arte. Y si Juan Rulfo ve así a los hombres que tan bien conoce así deben ser en algo en el momento histórico en que los está viendo. Ni por un momento trata Rulfo de decirnos *por qué* son así sus personajes, por qué es así su mundo. Pero no me cabe duda que, aunque Rulfo no hable de ello, podemos pensar que si estos hombres y mujeres se ven reducidos a vivir por dentro, sin tiempo, es decir, al margen de la Historia o bajo ella, y que si cuando *salen* a la Historia (es decir, a la *acción* que es vivir en el Tiempo), lo hacen siempre con violencia, ello se debe a que, por lo menos en parte, la Historia es el enemigo, lo que les ha obligado a encerrarse. Desde la Colonia hasta la actual miseria, la trayectoria es clara. Y no deja de ser irónico que ese "allá" en el que, según se nos dice en "Luvina", llaman a ciertas cosas "la ley" puede referirse tanto a lo natural (moral, filosófico, religioso) del vivir y morir como a lo social-político de clara situación histórica. Lo que importa es que es *allá*: donde porque sus voces no pesan no se molestan en hablar los que *aquí*, dentro, viven en un tiempo sin tiempo en el que siempre "anida la tristeza."

Los cuentos y la novela de Juan Rulfo, sí, corresponden a una angustia contemporánea bien definida por Lukacs; o por Camus. Pero también se dan en una tierra concreta donde la situación de los personajes adquiere un muy particular cariz porque sobre ella pesa una muy particular situación histórica. Y así, si la visión de Rulfo parece al principio puramente subjetiva, si sus narraciones están impregnadas de irrealidad y misteriosa lejanía, todo ello es ejemplar: vía directa de entrada a la realidad más real de un modo muy concreto de existencia mexicana.

Hace algunos años oíamos a Rulfo contar sus andanzas por el Río Papaloapan. Rulfo no es un conversador brillante a la moda; ni hace con su voz el teatro magistral de Valle Inclán que nos ha quedado grabado para siempre en memorables discos. Rulfo, cuando habla, es para contar como ha visto; y en su charla aquel día brotaban detalles de inolvidable precisión: caras, gestos, palabras de gentes, situaciones; nombres de misceláneas. Y el calor mismo del trópico. Narrador nato, entre otras cosas porque mira y ve. Y porque sabe ponerse en el lenguaje de las gentes que ha oído transformándolo a un nivel poético insospechado por los costumbristas. Al escribir estas notas yo no he escuchado todavía este disco en que va a quedar su voz. Pero se que en esa voz, en ese algo jalisciense, campero y lacónico que aún le queda, entenderemos todos, mejor aún, el sentido más hondo de sus narraciones.

EL LLANO EN LLAMAS  
[ SELECCIÓN ]

CARA I    ¡DILES QUE NO ME MATEN!  
21'26''

—¡DILES que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad.

—No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de tí.

—Haz que te oiga. Date tus mañas y dile que para sustos ya estuvo bueno. Dile que lo haga por caridad de Dios.

—No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

—Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué consigues.

—No. No tengo ganas de ir. Según eso, yo soy tu hijo. Y, si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por afusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

—Anda, Justino. Diles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso diles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

—No.

Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

—Dile al sargento que te deje ver al coronel. Y cuéntale lo viejo que estoy. Lo poco que valgo. ¿Qué ganancia sacará con matarme? Ninguna ganancia. Al fin y al cabo él debe de tener un alma. Dile que lo haga por la bendita salvación de su alma.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

—Voy, pues. Pero si de pérdida me afusilan a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de mis hijos?

—La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Océpate de ir allá y ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.

Lo habían traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado en un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar, le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como sólo las puede sentir un recién resucitado.

de Juan Rulfo

Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás, como quisieron hacerle ver los de Alima, sino porque tuvo sus razones. El se acordaba:

Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juvencio Nava, tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo también su compadre, le negó el pasto para su ganado.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después, cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la yerba de sus potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a arrear la bola de animales flacos hasta las paraneras para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a Don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca, para que él, Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero. Así, de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí, siempre pegado a la cerca, siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se vivía oliendo el pasto sin poder probarlo.

Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo.

Hasta que una vez don Lupe le dijo:

—Mira, Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y él le contestó:

—Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata.

“Y me mató un novillo.

“Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este

otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidada. Pero, según eso, no lo está.

“Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo.

“Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciado para asustarme y seguir robándome. Cada que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

—“Por ahí andan unos fuereños, Juvencio.

“Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo sólo verdolagas. A veces tenía que salir a la medianoche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida.”

Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilo. “Al menos esto —pensó— conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz.”!

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo tirando de un lado para otro arrastrado por los sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso, ¿no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se la había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida, y ésta la conservaría a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Mucho menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. El anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas secas, acalambadas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago, que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte y que le sacaba el ansia por los ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos bucheros de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran. Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él.

Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplaba despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

Sus ojos, que se habían apeñuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí, abajo de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.

Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: “Yo no le he hecho daño a nadie, muchachos”, iba a decirles, pero se quedaba callado. “Más adelantito se los diré”, pensaba. Y sólo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde, en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron.

Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse.

Así que ni valía la pena de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; sólo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar, no supo si lo habían oído. Dijo:

—Yo nunca le he hecho daño a nadie. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se volvieron a verlo. Siguieron igual, como si hubieran venido dormidos.

Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche.

—Mi coronel, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. El, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero sólo salió la voz:

—¿Cuál hombre? —preguntaron.

—El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó a traer.

—Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima —volvió a decir la voz de allá adentro.

—¡Ey, tú! ¿Que si has habitado en Alima —repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

—Sí. Dile al coronel que de allá mismo soy. Y que he vivido hasta hace poco.

—¡Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

—Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

—¿A don Lupe? Sí. Dile que sí lo conocí. Ya murió.

Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

—Ya se que murió —dijo. Y siguió hablando como si platicara con alguien allá, al otro lado de la pared de carrizos.

—Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó.

“Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo encontraron, tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia.

“Esto, con el tiempo, parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a éste, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca.”

Desde acá, desde afuera, se oyó bien claro cuanto dijo. Después ordenó:

—¡Llévenselo y amárrenlo un rato, para que padezca, y luego fusílenlo!

—Mírame, coronel! —pidió él—. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derrengado de viejo. ¡No me mates...!

—Llévenselo! —volvió a decir la voz de adentro.

—... Ya he pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como un apestado, siempre con el palpito de que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, al menos, el Señor me perdone. ¡No me mates! ¡Diles que no me maten!

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra. Gritando.

En seguida la voz de allá adentro dijo:

—Amárrenlo y déne algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros.

Ahora, por fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló bien apretado al aparejo para que no se fuese a caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrebiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto.

—Tu nuera y los nietos te extrañarán —iba diciéndole—. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les figurará que te ha comido el coyote, cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.

## LUVINA

CARA II  
21'14"

DE LOS cerros altos del sur, el de Luvina es el más alto y el más pedregoso. Está plagado de esa piedra gris con la que hacen la cal, pero en Luvina no hacen cal con ella ni le sacan ningún provecho. Allí la llaman piedra cruda, y la loma que sube hacia Luvina la nombran cuesta de la Piedra Cruda. El aire y el sol se han encargado de desmenuzarla, de modo que la tierra de por allí es blanca y brillante como si estuviera rociada siempre por el rocío del amanecer; aunque esto es un puro decir, porque en Luvina los días son tan fríos como las noches y el rocío se cuaja en el cielo antes que llegue a caer sobre la tierra.

... Y la tierra es empinada. Se desgaja por todos lados en barrancas hondas, de un fondo que se pierde de tan lejano. Dicen los de Luvina que de aquellas barrancas suben los sueños; pero yo lo único que vi subir fue el viento, en tremolina, como si allá abajo lo tuvieran encañonado en tubos de carrizo. Un viento que no deja crecer ni a las dulcamaras: esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas a la tierra, agarradas con todas sus manos al despenadero de los montes. Sólo a veces, allí donde hay un poco de sombra, escondido entre las piedras, florece el chicalote con sus amapolas blancas. Pero el chicalote pronto se marchita. Entonces uno lo oye rasguñando el aire con sus ramas espinosas, haciendo un ruido como el de un cuchillo sobre una piedra de afilar.

—Ya mirará usted ese viento que sopla sobre Luvina. Es pardo. Dicen que porque arrastra arena de volcán; pero lo cierto es que es un aire negro. Ya lo verá usted. Se planta en Luvina prendiéndose de las cosas como si las mordiera. Y sobran días en que se lleva el techo de las casas como si se llevara un sombrero de petate, dejando los paredones lisos, descobijados. Luego rasca como si tuviera uñas: uno lo oye a mañana y tarde, hora tras hora, sin descanso, raspando las paredes, arrancando tecatas de tierra, escarbando con su pala picuda por debajo de las puertas, hasta sentirlo bullir dentro de uno como si se pusiera a remover los goznes de nuestros mismos huesos. Ya lo verá usted.

El hombre aquel que hablaba se quedó callado un rato, mirando hacia afuera.

Hasta ellos llegaba el sonido del río pasando sus crecidas aguas por las ramas de los camichines; el rumor del aire moviendo suavemente las hojas de los almendros, y los gritos de los niños jugando en el pequeño espacio iluminado por la luz que salía de la tienda.

Los comejenes entraban y rebotaban contra la lámpara de petróleo, cayendo al suelo con las alas chamuscadas. Y afuera seguía avanzando la noche.

—¡Oye, Camilo, mándanos otras dos cervezas más! —volvió a decir el hombre. Después añadió:

—Otra cosa, señor. Nunca verá usted un cielo azul en Luvina. Allí todo el horizonte está desteñido; nublado siempre por una mancha caliginosa que no se borra nunca. Todo el lomerío pelón, sin un árbol, sin una cosa verde para descansar los ojos; todo envuelto en el calín ceniciento. Usted verá eso: aquellos cerros apagados como si estuvieran muertos y a Luvina en el más alto, coronándolo con su blanco caserío como si fuera una corona de muerto...

Los gritos de los niños se acercaron hasta meterse dentro de la tienda. Eso hizo que el hombre se levantara, fuera hacia la puerta y les dijera: "¡Váyanse más lejos! ¡No interrumpan! Sigán jugando, pero sin armar alboroto."

Luego, dirigiéndose otra vez a la mesa, se sentó y dijo:

—Pues sí, como le estaba diciendo. Allá llueve poco. A mediados de año llegan unas cuantas tormentas que azotan la tierra y la desgarran, dejando nada más el pedregal flotando encima del tepetate. Es bueno ver entonces cómo se arrastran las nubes, cómo andan de un cerro a otro dando tumbos como si fueran vejigas infladas; rebotando y pegando de truenos igual que si se quebraran en el filo de las barrancas. Pero después de diez o doce días se van y no regresan sino al año siguiente, y a veces se da el caso de que no regresen en varios años.

"...Sí, llueve poco. Tan poco o casi nada, tanto que la tierra, además de estar reseca y achicada como cuero viejo, se ha llenado de rajaduras y de esa cosa que allí llaman 'pasojos de agua', que no son sino terrones endurecidos como piedras filosas."

Bebió la cerveza hasta dejar sólo burbujas de espuma en la botella y siguió diciendo:

—Por cualquier lado que se le mire, Luvina es un lugar muy triste. Usted que va para allá se dará cuenta. Yo diría que es el lugar donde anida la tristeza. Donde no se conoce la sonrisa, como si a toda la gente se le hubiera entablado la cara. Y usted, si quiere, puede ver esa tristeza a la hora que quiera. El aire que allí sopla la revuelve, pero no se la lleva nunca. Está allí como si allí hubiera nacido. Y hasta se puede probar y sentir, porque está siempre encima de uno, apretada contra de uno, y porque es oprimente como una gran cataplasma sobre la viva carne del corazón.

"...Dicen los de allí que cuando llena la luna, ven de bulto la figura del viento recorriendo las calles de Luvina, llevando a rastras una cobija negra; pero yo siempre lo que llegué a ver, cuando había luna en Luvina, fue la imagen del desconsuelo... siempre.

"Pero tómese su cerveza. Veo que no le ha dado ni siquiera una probadita. Tómese la. O tal vez no le guste así tibia como está. Y es que aquí no hay de otra. Yo sé que así sabe mal; que agarra un sabor como a meados de burro. Aquí uno se acostumbra. A fe que allá ni siquiera esto se consigue. Cuando vaya a Luvina la extrañará. Allí no podrá probar sino un mezcal que ellos hacen con una yerba llamada hojase, y que a los primeros tragos estará usted dando de volteretas como si lo chacamotearan. Mejor tómese su cerveza. Yo se lo que le digo."

Allá afuera seguía oyéndose el batallar del río. El rumor del aire. Los niños jugando. Parecía ser aún temprano, en la noche.

El hombre se había ido a asomar una vez más a la puerta y había vuelto. Ahora venía diciendo.

—Resulta fácil ver las cosas desde aquí, meramente traídas por el recuerdo, donde no tienen parecido ninguno. Pero a mí no me cuesta ningún trabajo seguir hablándole de lo que sé, tratándose de Luvina. Allá viví. Allá dejé la vida... Fui a ese lugar con mis ilusiones cabales y volví viejo y acabado. Y ahora usted va para allá... Está bien. Me parece recordar el principio. Me pongo en su lugar y pienso... Mire usted, cuando yo llegué por primera vez a Luvina... ¿Pero me permite antes que me tome su cerveza? Veo que usted no le hace caso. Y a mí me sirve de mucho. Me alivia. Siento como si me enjuagaran la cabeza con aceite alcanforado...

Bueno, le contaba que cuando llegué por primera vez a Luvina, el arriero que nos llevó no quiso dejar ni siquiera que descansaran las bestias. En cuanto nos puso en el suelo, se dio media vuelta:

—"Yo me vuelvo —nos dijo.

—"Espera, ¿no vas a dejar sestear tus animales? Están muy aporreados.

—"Aquí se fregarían más —nos dijo—. Mejor me vuelvo.

"Y se fue, dejándose caer por la cuesta de la Piedra Cruda, espoleando sus caballos como si se alejara de algún lugar endemoniado.

"Nosotros, mi mujer y mis tres hijos, nos quedamos allí, parados en mitad de la plaza, con todos nuestros ajuares en los brazos. En medio de aquel lugar donde sólo se oía el viento...

"Una plaza sola, sin una sola yerba para detener el aire. Allí nos quedamos.

"Entonces yo le pregunté a mi mujer:

—"¿En qué país estamos, Agripina?

"Y ella se alzó de hombros.

—"Bueno, si no te importa, ve a buscar dónde comer y dónde pasar la noche. Aquí te aguardamos —le dije.

"Ella agarró al más pequeño de sus hijos y se fue. Pero no regresó.

"Al atardecer, cuando el sol alumbraba sólo las puntas de los cerros, fuimos a buscarla. Anduvimos por los callejones de Luvina, hasta que la encontramos metida en la iglesia: sentado mero en medio de aquella iglesia solitaria, con el niño dormido entre sus piernas.

—"¿Qué haces aquí, Agripina?

—"Entré a rezar —nos dijo.

—"¿Para qué? —le pregunté yo.

"Y ella se alzó de hombros.

"Allí no había a quién rezarle. Era un jacalón vacío, sin puertas, nada más con unos socavones abiertos y un techo resquebrajado por donde se colaba el aire como por un cedazo.

—"¿Dónde está la fonda?

—"No hay ninguna fonda.

—"¿Y el mesón?

—"No hay ningún mesón.

—"¿Viste a alguien? ¿Vive alguien aquí? —le pregunté.

—"Sí, allí enfrente... Unas mujeres... Las sigo viendo. Mira, allí tras las rendijas de esa puerta veo brillar los ojos que nos miran... Han estado asomándose para acá... Miralas. Veo las bolas brillantes de sus ojos... Pero no tienen qué darnos de comer. Me dijeron sin sacar la cabeza que en este pueblo no había de comer... Entonces entré aquí a rezar, a pedirle a Dios por nosotros.

—"¿Por qué no regresaste allá? Te estuvimos esperando.

—"Entré aquí a rezar. No he terminado todavía.

—"¿En qué país estamos, Agripina?

"Y ella volvió a alzarse de hombros.

"Aquella noche nos acomodamos para dormir en un rincón de la iglesia, detrás del altar desmantelado. Hasta allí llegaba el viento, aunque un poco menos fuerte. Lo estuvimos oyendo pasar por encima de nosotros, con sus largos aullidos; lo estuvimos oyendo entrar y salir por los huecos socavones de las puertas; golpeando con sus manos de aire las cruces del viacrucis: unas cruces grandes y duras hechas con palo de mezquite que colgaban de las paredes a

todo lo largo de la iglesia, amarradas con alambres que rechinaban a cada sacudida del viento como si fuera un rechinar de dientes.

“Los niños lloraban porque no los dejaba dormir el miedo. Y mi mujer, tratando de retenerlos a todos entre sus brazos. Abrazando su manojo de hijos. Y yo allí, sin saber qué hacer.

“Poco antes del amanecer se calmó el viento. Después regresó. Pero hubo un momento en esa madrugada en que todo se quedó tranquilo, como si el cielo se hubiera juntado con la tierra, aplastando los ruidos con su peso... Se oía la respiración de los niños ya descansada. Oía el resuello de mi mujer ahí a mi lado:

—“¿Qué es? —me dijo.

—“¿Qué es qué? —le pregunté.

—“Eso, el ruido ese.

—“Es el silencio. Duérmete. Descansa, aunque sea un poquito, que ya va a amanecer.

“Pero al rato oí yo también. Era como un aletear de murciélagos en la oscuridad, muy cerca de nosotros. De murciélagos de grandes alas que rozaban el suelo. Me levanté y se oyó el aletear más fuerte, como si la parvada de murciélagos se hubiera espantado y volara hacia los agujeros de las puertas. Entonces caminé de puntitas hacia allá, sintiendo delante de mí aquel murmullo sordo. Me detuve en la puerta y las vi. Vi a todas las mujeres de Luvina con su cántaro al hombro, con el rebozo colgado de su cabeza y sus figuras negras sobre el negro fondo de la noche.

—“¿Qué quieren? —les pregunté—. ¿Qué buscan a estas horas?

“Una de ellas respondió:

—“Vamos por agua.

“Las vi paradas frente a mí, mirándome. Luego, como si fueran sombras, echaron a caminar calle abajo con sus negros cántaros.

“No, no se me olvidará jamás esa primera noche que pasé en Luvina.

“... ¿No cree usted que esto se merece otro trago? Aunque sea nomás para que se me quite el mal sabor del recuerdo.

—Me parece que usted me preguntó cuántos años estuve en Luvina, ¿verdad...? La verdad es que no lo sé. Perdí la noción del tiempo desde que las fiebres me lo enrevesaron; pero debió haber sido una eternidad... Y es que allá el tiempo es muy largo. Nadie lleva la cuenta de las horas ni a nadie le preocupa cómo van amontonándose los años. Los días comienzan y se acaban. Luego viene la noche. Solamente el día y la noche hasta el día de la muerte, que para ellos es una esperanza.

“Usted ha de pensar que le estoy dando vueltas a una misma idea. Y así es, sí señor... Estar sentado en el umbral de la puerta, mirando la salida y la puesta del sol, subiendo y bajando la cabeza, hasta que acaban aflojándose los resortes y entonces todo se queda quieto, sin tiempo, como si se viviera siempre en la eternidad. Eso hacen allí los viejos.

“Porque en Luvina sólo viven los puros viejos y los que todavía no han nacido, como quien dice... Y mujeres sin fuerzas, casi trabadas de tan flacas. Los niños que han nacido allí se han ido... Apenas les clarea el alba y ya son hombres. Como quien dice, pegan el brinco del pecho de la madre al azadón y desaparecen de Luvina. Así es allí la cosa.

“Sólo quedan los puros viejos y las mujeres solas, o con un marido que anda donde sólo Dios sabe dónde... Vienen de vez en

cuando como las tormentas de que le hablaba; se oye un murmullo en todo el pueblo cuando regresan y uno como gruñido cuando se van... Dejan el costal del bastimento para los viejos y plantan otro hijo en el vientre de sus mujeres, y ya nadie vuelve a saber de ellos sino al año siguiente, y a veces nunca... Es la costumbre. Allí le dicen la ley, pero es lo mismo. Los hijos se pasan la vida trabajando para los padres como ellos trabajaron para los suyos y como quién sabe cuántos atrás de ellos cumplieron con su ley...

“Mientras tanto, los viejos aguardan por ellos y por el día de la muerte, sentados en sus puertas, con los brazos caídos, movidos sólo por esa gracia que es la gratitud del hijo... Solos, en aquella soledad de Luvina.

“Un día traté de convencerlos de que se fueran a otro lugar, donde la tierra fuera buena. ‘¡Vámonos de aquí! —les dije—. No nos faltará el modo de acomodarnos en alguna parte. El Gobierno nos ayudará.’

“Ellos me oyeron, sin parpadear, mirándome desde el fondo de sus ojos de los que sólo se asomaba una lucecita allá muy adentro.

—“¿Dices que el Gobierno nos ayudará, profesor? ¿Tú conoces al Gobierno?

“Les dije que sí.

—“También nosotros lo conocemos. Da esa casualidad. De lo que no sabemos nada es de la madre del Gobierno.

“Yo les dije que era la Patria. Ellos movieron la cabeza diciendo que no. Y se rieron. Fue la única vez que he visto reír a la gente de Luvina. Pelaron sus dientes molenques y me dijeron que no, que el Gobierno no tenía madre.

“Y tienen razón, ¿sabe usted? El señor ese sólo se acuerda de ellos cuando alguno de sus muchachos ha hecho alguna fechoría allá abajo. Entonces manda por él hasta Luvina y se lo matan. De hay en más no saben si existen.

—“Tú nos quieres decir que dejemos Luvina porque, según tú, ya estuvo bueno de aguantar hambres sin necesidad —me dijeron— Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos.

“Y allá siguen. Usted los verá ahora que vaya. Mascando bagazos de mezquite seco y tragándose su propia saliva para engañar el hambre. Los mirará pasar como sombras, repegados al muro de las casas, casi arrastrados por el viento.

—“¿No oyen ese viento? —les acabé por decir—. El acabará con ustedes.

—“Dura lo que debe de durar. Es el mandato de Dios —me contestaron—. Malo cuando deja de hacer aire. Cuando eso sucede, el sol se arrima mucho a Luvina y nos chupa la sangre y la poca agua que tenemos en el pellejo. El aire hace que el sol se esté allá arriba. Así es mejor.

“Ya no les volví a decir nada. Me salí de Luvina y no he vuelto ni pienso regresar.

“... Pero mira las maromas que da el mundo. Usted va para allá ahora, dentro de pocas horas. Tal vez ya se cumplieron quince años que me dijeron a mí lo mismo: ‘Usted va a ir a San Juan Luvina.’

“En esa época tenía yo mis fuerzas. Estaba cargado de ideas... Usted sabe que a todos nosotros nos infunden ideas. Y uno va con esa plasta encima para plasmarla en todas partes. Pero en Luvina no cuajó eso. Hice el experimento y se deshizo...



“San Juan Luvina. Me sonaba a nombre de cielo aquel nombre. Pero aquello es el purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay nadie que le ladre al silencio; pues en cuanto uno se acostumbra al vendaval que allí sopla, no se oye sino el silencio que hay en todas las soledades. Y eso acaba con uno. Míreme a mí. Conmigo acabó. Usted que va para allá comprenderá pronto lo que le digo...”

“¿Qué opina usted si le pedimos a este señor que nos matice unos mezcalitos? Con la cerveza se levanta uno a cada rato y eso interrumpe mucho la plática. ¡Oye, Camilo, mándanos ahora unos mezcales!

“Pues sí, como le estaba yo diciendo...”

Pero no dijo nada. Se quedó mirando un punto fijo sobre la mesa donde los comejenes ya sin sus alas rondaban como gusanitos desnudos.

Afuera seguía oyéndose cómo avanzaba la noche. El chapoteo del río contra los troncos de los camichines. El griterío ya muy lejano de los niños. Por el pequeño cielo de la puerta se asomaban las estrellas.

El hombre que miraba a los comejenes se recostó sobre la mesa y se quedó dormido.

Este disco fue editado por acuerdo del Consejo  
Consultivo de VOZ VIVA DE MÉXICO, integrado por:

DR. ROBERTO L. MANTILLA MOLINA, Presidente

PROF. MAX AUB, Secretario

PROF. ANTONIO ALATORRE, Vocal

SRA. ROSARIO CASTELLANOS, Vocal

DR. MARIO DE LA CUEVA, Vocal

SR. ALÍ CHUMACERO, Vocal

LIC. JAIME GARCÍA TERRÉS, Vocal

LIC. ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO, Vocal

PROF. LUIS VILLORO, Vocal

IMPRESO EN MÉXICO. TALLERES GRÁFICOS DE LIBRERÍA MADERO, S. A.

Diseños de VICENTE ROJO

